

Capítulo 8

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Cuatro verdades

CÉSAR GUTIÉRREZ MUÑOZ

Cuando me enteré de la súbita dolencia quiteña de don Félix Denegri Luna me quedé frío, prácticamente paralizado; me parecía increíble lo que oía en ese momento. Me la informó con gentileza y preocupación don José Agustín de la Puente Candamo la mañana del 26 de noviembre de 1998 en Pando —*campus* de la Pontificia Universidad Católica del Perú— al terminar una de sus clases. Luego de un breve diálogo, don José Agustín y yo coincidimos en algo en que los dos creemos y hacemos: *hay que rezar bastante*.

La noticia de la enfermedad de don Félix corrió rápidamente en la Universidad Católica. Todos se enteraron pronto; todos, aun los que no lo conocían mucho o los que nada sabían de él, se conmovieron. Pasaron uno, dos, varios días, siempre con las mismas preguntas y siempre con las distintas respuestas acerca del estado de la salud de don Félix. Hasta el final, la inquietud era grande, sobre todo entre los más cercanos a él. Su deceso, acaecido en la madrugada del domingo 6 de diciembre de 1998 en la clínica *Pichincha* de Quito, produjo consternación, pero no tristeza, porque don Félix murió en su ley.

Se suele repetir ante una muerte como la de don Félix que «es una gran pérdida», aserto que es una verdad a medias, porque si bien la muerte aparta para siempre, físicamente, bruscamente, dolorosamente, a una persona querida, señalar que su partida no solo es *una pérdida* sino *una gran pérdida* quita al difunto lo más valioso del ser que hubo en él: su trascendencia. Porque todos sabemos que el tiempo cura el pesar y la pena pasa, por fuerte que sea; y el tiempo, además, cuaja la importancia real de alguien, la acrecienta, la fortalece, enaltece la figura humana de quien tiene virtudes y merecimientos como los tuvo don Félix.

En este sentido, estoy seguro de que don Félix no ha muerto sino que pervive entre nosotros a través del recuerdo y por su pensamiento y obra. También estoy convencido de que con nuestra evocación cariñosa, permanente y agrade-

cida, con la difusión y el mantenimiento enriquecedor de su trabajo y de sus ideas, don Félix nunca se marchará, sobre todo si, como él mismo sabía y confiaba, «El que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Juan 11,25).

1. El oficio de historiador

Don Félix siguió, entre 1936 y 1939, Letras en la Universidad Católica, graduándose de bachiller en Humanidades con la tesis *El romanticismo* (Lima, 1942, 50 h.) y de doctor en Literatura con un trabajo sobre *Clemente de Althaus* (Lima, 1942, 90 h.). También Derecho (de 1938 a 1942), «para los frejoles», según él mismo distinguía. Pero su destino estaba en el estudio histórico del Perú republicano temprano. Don Félix era un historiador en el más pleno sentido de la palabra. Un historiador con oficio. Un historiador actualizado, abierto a las novedades, perspicaz, con una visión integral del pasado peruano. Un historiador en constante diálogo con los consagrados y con los muchachos. A menudo repetía, para graficar la dificultad y la complejidad del ejercicio de la profesión, una especie de lema suyo: «la historia se aprende a cocachos». Don Félix fue un historiador honrado que preguntaba lo que no sabía o lo que dudaba, desde un concepto o una circunstancia hasta un nombre, una fecha o la forma correcta de escribir una palabra, «¿no es cierto monseñor Nieto?», «don Félix, ¿sabe dónde queda...?», «vea el padre Espasa», decía indicando el estante con la *Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe*. Toda ayuda, por pequeña que fuera, la certificaba expresamente. Sin embargo, cuando el 17 de octubre de 1988 fue distinguido como *profesor honorario* del Departamento Académico de Humanidades de la Universidad Católica y pese a las fundadas razones que lo elevaron a ese sitio, don Félix confesó con sencillez: «fui y soy un historiador aficionado. La historia fue y es mi oasis y mi deleite. Nunca pretendí otra cosa...».

Pero, especialmente, don Félix fue un historiador que respetaba la exactitud de la información que él recogía y proporcionaba. Era muy minucioso, cuidaba hasta el último detalle, intentaba la cuasi perfección. Quizá el mayor y mejor exponente de ese afán sea la edición del *Diario del viaje del Presidente Orbegoso al sur del Perú* del presbítero José María Blanco (Lima, PUCP / Instituto Riva-Agüero, 1974). El segundo tomo —que contiene 1,350 notas en 201 páginas, con un tipo mucho más pequeño que el del texto principal, al cual explica y complementa— es un libro aparte y se puede leer por donde sea. Por supuesto, es interesantísimo y muy entretenido. Muchas notas, que don Félix indicaba con un número correlativo seguido de la letra E (*Editor*), son verdaderos artículos por la extensión y el tratamiento del tema; verbigracia: 535E, 541E o 1197E.

La edición del *Diario* tiene su propia historia. Cuando no había literatura sobre un asunto concreto, don Félix la creaba consultando a los especialistas.

Pedía que se la escribieran, si era posible. Quiso saber qué era la piedra de Huamanga y acudió en opinión al famoso geólogo Georg Petersen, que la definió como «una variedad de alabastro yesoso» (100E). No encontró en la Carta Geográfica Nacional un topónimo y habló con la gente del lugar para determinarlo (142E o 164E). Necesitó saber si era real la distancia indicada entre dos puntos y, paso a paso, la midió (900E). Las palabras en latín las confrontaba con la sabiduría del padre Nieto (38E o 961E). Indicó las dudas (189E), corrigió los errores (675E o 1197E) y precisó las discrepancias (451E). Transcribió total o parcialmente documentos (532E o 547E). Trató, para decirlo de una vez, de que el *Diario* se entendiera por todos y en todo, así de simple. ¡Cuánto tiempo, cuánto esfuerzo!

Como queda demostrado, don Félix fue un excelente editor de fuentes, empresa que acometía sin detenerse, incansablemente, tomándose su tiempo. Cuando en 1980 se publicó y presentó el libro *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cusco* (Lima: Fundación Augusto N. Wiese, 1980, 2 tomos) de Diego de Esquivel y Navia, concluía una tarea que comenzó el 20 de junio de 1977. Allí gocé en vivo y en directo su trabajo con documentos. Nada se le escapaba. ¡Un ojo avizor extraordinario!

El 3 de octubre de 1991, Celia Wu y yo propusimos a don Félix redactar sus memorias y escribir un libro sobre el oficio de historiador: «don Félix, ahora la cosa es más fácil, basta una grabadora...». Celia la consiguió casi de inmediato. Sin embargo, el proyecto no se concretó. Ahora, cuando esa ilusión ya no es posible, queda algo por hacer: su biografía. También un estudio sobre su pensamiento historiográfico y otro acerca de su manera de ser historiador, de hacer historia.

2. La magnífica biblioteca

El nombre de don Félix está asociado a la magnífica biblioteca que él formó desde los quince años de edad, cuando compró, con una propina, la quinta edición castellana de la *Historia Universal* del profesor alemán doctor Juan Bautista Weiss, publicada en 24 tomos por la tipografía *La Educación* de Barcelona en 1927. A manera de constancia, este ejemplar lleva la firma de don Félix y la fecha de adquisición: enero de 1934.

«Este repositorio —escribió don Félix en 1996— ha sido concebido para estudiar la historia del Perú, particularmente en los siglos XIX y XX. En consecuencia, casi todo el material de libros, folletos, revistas, periódicos y documentos son mayoritariamente peruanos o sobre el Perú, teniendo también colecciones bolivianas, colombianas, chilenas y ecuatorianas, ya que sería incomprensible nuestra historia olvidando la de los países limítrofes».

Con el tiempo, la biblioteca fue creciendo y por ello la casa familiar —su propia casa de Alfredo Salazar 647 en el distrito de San Isidro— sufrió modificaciones para ganar espacio, creándolo en los aires y a costa del jardín. Don Félix trató de que la consulta no interfiriera en la privacidad del hogar, pero la realidad lo sobrepasaba. El obligado camino a la biblioteca cruzaba el vestíbulo de las habitaciones; los encuentros eran inevitables.

En la biblioteca, don Félix tenía a la vista un crucifijo con el que se coludía para resguardar la integridad de la colección, pues cuando alguien le pedía prestado un libro, al aceptar amablemente la solicitud sugería al interesado, con su habitual frase «A buen juez, mejor testigo», escribir la deuda bibliográfica en un papelito y colocarla debajo del Cristo, convirtiéndolo en el verdadero acreedor. Nadie se atrevía al incumplimiento o a la mora en la devolución, aunque sí hubo uno que otro pecador.

Muchas veces, ante el requerimiento de un desconocido para entrar en la biblioteca, don Félix contestaba: «dígame a Chombo» o «que Chombo me llame». Esta excesiva confianza me puso en apuros más de una vez, porque tampoco yo conocía al solicitante. En esos casos tenía que arreglármelas como podía para salir airoso del trance. «Pero don Félix, yo no sé de quién se trata» le contestaba, a lo que él respondía: «bueno pues, que venga». Hasta donde sé nunca hubo problema alguno con estos investigadores, los que apreciaban y agradecían el servicio recibido. Este reconocimiento a su generosidad consta repetidamente en su valioso epistolario, en múltiples publicaciones y en el testimonio personal de los usuarios, muchos de ellos viejos amigos y colegas de don Félix.

Don Félix no solo se preocupó por conseguir las publicaciones pertinentes para tener una biblioteca más o menos completa en el campo de su interés historiográfico, sino de conservarlas convenientemente. Por eso, hizo encuadernar libros, revistas y otros impresos, encomendando la tarea a un eximio maestro en ese arte: Pedro A. Vadillo Sánchez (Lima, 1908). Para el señor Vadillo, cuyo taller queda en Santa Beatriz (Manuel Segura 775), don Félix fue un gran amigo y, sin duda, el cliente más connotado. Su hijo Antonio debe a don Félix su primer trabajo en una constructora; cuando habla de él lo hace con emoción, con una familiaridad extraordinaria. Otro experto encuadernador de Lima, el señor René Fournier (Huarney, 1915) lo recuerda desde cuando don Félix estudiaba en la Universidad Católica, 1941 o 1942, sirviéndole primero en su taller de Rufino Torrico y luego en el de San Borja. En el lomo de los volúmenes encuadernados, en la parte de abajo, figuran las siglas F. D. L. por lo que su profesor y compadre don Guillermo Lohmann Villena lo llamaba *Fidel*, recordando un hecho sucedido, en 1938 o en 1939, en el patio del primer local de la Universidad Católica, en la plazuela de la Recoleta. Cierta día don Félix dejó lucir su anillo con dichas siglas, el que al ser visto por su compañera de estudios Paulita Botteri, esta le preguntó: «¿tú te llamas Fidel?».

La biblioteca fue más que una mera colección de publicaciones importantes y, en muchos casos, únicas. Se convirtió en una especie de ateneo, donde se conversaba acerca de diversos temas, en algunos casos con mucho énfasis, hasta con pasión. Allí, don Félix acogía, sobre todo los fines de semana, con rara y a veces incomprensible hospitalidad, a historiadores hechos y derechos y a los jóvenes que aspiraban a serlo. Me acuerdo de haber visto allí en distintas oportunidades y por diferentes motivos a Valentín Abecia Baldivieso, Horacio Aránguiz Donoso, Germán Arciniegas, René Arze Aguirre, Cecilia Bákula Budge, Juan Miguel Bákula Patiño, José Miguel Barros, Javier de Belaunde Ruiz de Somocurcio, Héctor Bencomo Barrios, David A. Brading, Francisco Bulnes Sanfuentes, José Antonio del Busto Duthurburu, Fernando Cajías, Luis Cano OFM, Percy Cayo Córdova, José Correa Orbegoso, Alberto Crespo Rodas, Eduardo Dargent Chamot, Jorge Du Bois Gervassi, Guillermo Durand Flórez, John Fisher, Carlos Manuel Gasteazoro, Teresa Gisbert, Lino Gómez Canedo OFM, Pedro Gjurinovic, Pedro Grases, Margarita Guerra, Walter Guevara Arze, Lewis Hanke, Julián Heras OFM, Teodosio Imaña Castro, Alberto Indacochea Queirolo, Jesús Lámbarri Bracesco, Juan Bautista Lassègue-Moleres OP, Juan Lechín, Guillermo Lohmann Villena, Alejandro Málaga Medina, Miguel Maticorena Estrada, Carmen Mc Evoy, José de Mesa, Aurelio Miró Quesada Sosa, Magnus Mörner, Armando Nieto Vélez S. J., Juan Ossio Acuña, Carlos Palacios Moreyra, Alfredo Pareja Diezcanseco, Alcides Parejas Moreno, Franklin Pease G. Y., Ismael Pinto, José Agustín de la Puente Candamo, Alberto Rosas Siles, Federico Salmón de la Jara, Luis Alberto Sánchez, Luis Adolfo Siles, José Tamayo Herrera, Guillermo Thorndike, Luis Enrique Tord, Fernando de Trazegnies Granda, Luis E. Valcárcel, Luis Valencia Avaría, Juan Eduardo Vargas Cariola, Grecia Vasco de Escudero, Carmen Villanueva, Horacio Villanueva Urteaga, Celia Wu, Luis Eduardo Wuffarden, entre tantas otras personalidades. Unas eran peruanas, otras extranjeras; unas iban con más frecuencia que otras; a todas atendió con deferencia y a todas orientó con acierto en la pesquisa. Fue el mejor guía para conocer la ubicación y el contenido de los títulos.

Don Alejandro Lostaunau Ulloa (Lima, 1904-1992) tiene un lugar de privilegio en este recuerdo, pues, por la estrecha relación amical entre él y don Félix y por su larga trayectoria de eficiente bibliotecario, le tocó catalogar gran parte de la colección. El trato de uno con el otro, sin perder el *usted* de por medio, fue cordialísimo y no exento de bromas ni de graciosas interjecciones: «oiga, don Alejandro, no sea...», «no, de verdad, es así, doctor». Otra vez, tantas veces, la generosidad de don Félix fluyó hacia tan querido como admirado colaborador y amigo.

Pese a la total identificación de don Félix con su biblioteca y al vínculo que hasta ahora se establece entre el ilustre propietario y su inapreciable resultado, me parece injusto señalar la biblioteca como una virtud intrínseca de don Félix.

Tan solo fue su herramienta para el trabajo intelectual propio y ajeno, el instrumento para expresarse como hombre y como profesional, la vía factible para ayudar a los demás. La biblioteca fue para don Félix un medio, no un fin en sí mismo. Don Félix vale más, muchísimo más que por el mero hecho de haber sido el dueño y constructor de tan importante colección bibliográfica. Eso sí, su nombre queda ya, oficial y definitivamente, ligado a la biblioteca en su nueva sede, la Pontificia Universidad Católica del Perú —su querida *alma mater*—, a la cual decidió entregarla mediante un contrato especial de donación: desde allí servirá a los investigadores de una manera más amplia y más normalizada.

3. Calidad humana

Hay tantas palabras que convienen a la cabal descripción de la figura humana de don Félix. Hombre de carácter. Claro, francote, brusco en ocasiones. Limeño, muy peruano en el hablar, con un *pues* sonado *pue* para rematar sus cordiales expresiones y con un vocabulario que incluía ajos y cebollas cuando la circunstancia lo requería (y pidiendo permiso a la dama presente: «a ver, tápese las orejas, niña Margarita»). Galante, encantador, buenísima gente. Un caballero. Consecuente con sus ideas, vehemente en sus iniciativas. Terco, claro está. Muy apegado a su familia; ¡Oh, los nietos!: cómo los quería. Cuando le preguntaba: «¿cómo está el embajador?», sabía que me refería a Félix, su hijo diplomático; la respuesta efusiva abundaba en detalles. Al «¡aló!» respondía: «¿contesta el 222444?» para asegurarse de que no se equivocaba. En el restaurante pedía: «una Coca Cola, por favor»; yo añadía de inmediato: «sírvale dos, mejor», porque a don Félix le gustaba mucho esa gaseosa. Cuando se enojaba con alguien o por algo, se enojaba casi bufando: «suave, don Félix, suave nomás, todo tiene compostura». Así de inquieto lo vi en muchas oportunidades, desde cuando oía una mala traducción hasta cuando pensaba y pensaba en el delicado asunto con el Ecuador.

Pero hay una palabra exacta que lo describe con exactitud: AMIGO. Amigo, así con mayúsculas. Amigo con todos y en todo momento. Amigo capaz de escuchar, capaz de hacer, capaz de dar. Amigo que se involucraba en los problemas de otros para resolverlos. En verdad, un gran amigo en las buenas y en las malas.

Pasamos buenos ratos juntos. Muchos domingos, después de misa, iba a mi casa, a eso de las 11 de la mañana, a conversar largo y tendido. Hubo también paseos vespertinos a La Punta, sobre todo por el malecón Figueredo, caminando a la ida y a la vuelta frente a la casa de Silvia Cicirello. En el duelo de mis padres, don Félix estuvo a mi lado, como estaba presente en las circunstancias felices; hasta ahora recuerdo su llamada cariñosa y emocionada cuando me designaron jefe del Archivo General de la Nación en 1986. El 21 de octubre de

1998, durante la ceremonia de mi incorporación como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, me acompañó con su acostumbrada amabilidad y contentamiento.

Dicen que dicen que don Félix era así y asá. Claro que sí porque todos, sin excepción, somos así y asá, salvo Dios, el único perfecto. Precisamente, en esa potencialidad de ser mejor radica la grandeza del hombre, quien al superar las propias limitaciones y conseguir los principales objetivos se convierte en ejemplar para los semejantes.

4. Peruanismo

Don Félix fue peruano por el nacimiento (Lima, 11 de enero de 1919), por la sangre (hijo de limeño, don Félix Andrés Denegri Rospigliosi, y de pacasmayina, doña Carmen Luna Polo) y por la actitud. Fue un peruano peruanista. Bien peruano. Y por esa razón, americano pleno. Quiso entrañablemente a su patria, conociéndola por la historia y por el contacto directo con la gente y con la tierra. Se hizo más peruano, viajando: «estudiante, en 1937, visité la vieja y atractiva ciudad de Ayacucho». «El Cusco es himno que exalta y es canción que deprime, porque nos muestra deslumbrante las grandezas de nuestro ser nacional, en sus admirables piedras incaicas y virreinales, que nos dicen de glorias pasadas para, al mismo tiempo, exhibir sus miserias y su pungente pobreza, la que, a pesar de todo, no doblega a sus hijos en la espera de un porvenir digno de su pasado». «Curahuasi está situado en una zona excepcional...». Don Félix fue un gran impulsor de la historia regional, ofreciendo así otra excepcional muestra de su peruanidad. No le cabía en la cabeza una historia del Perú sin el aporte de los pueblos que forman la nación. A donde iba recogía el material bibliográfico que creía pertinente, casi todo, pues no desdeñaba nada. «Oiga Chombo, vea lo que tengo sobre Ayacucho», señalando los anaqueles nutridos.

Se interesó mucho en las buenas relaciones con los países limítrofes. Su biblioteca es una expresión patente de ello. Gracias a los viajes de negocios que hacía a esos lugares (¿qué será de su inmenso maletín de cuero negro que pesaba demonios con tanto libro adentro cuando retornaba a Lima?) y a su amistad extendida (tenía amigos y conocidos en todas partes del mundo) estaba al día con las publicaciones. Ese vínculo fraternal se estrechó aún más con Bolivia, Chile y el Ecuador.

Desde hace treinta años más o menos, don Félix insistía en algo que en esa época no podía decirse públicamente ni en tono alto: «con el Ecuador tenemos un problema». Fue consciente de ello hasta la agitación («cálmese don Félix, ya se arreglará»), preocupándose y ocupándose fervientemente por la pronta solución. Qué no hizo por el adecuado entendimiento basado en la verdad de las

cosas. Su libro *Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera* (Lima: Bolsa de Valores de Lima / Instituto Riva-Agüero, 1996), al igual que otras colaboraciones suyas, apuntó a ese propósito americanista.

Don Félix fue invitado a presenciar la suscripción del *Acta Presidencial de Brasilia*, que se llevó a cabo la mañana del 26 de octubre de 1998. Fue un acto esperado por él. Se emocionó bastante. Como rúbrica de la satisfacción íntima, una lágrima surcó su mejilla. El dilatado afán no había sido en vano. Pero era necesario fortalecerlo. Volvió a Quito para participar en el *Congreso Ecuatoriano de Historia '98*; el miércoles 25 de noviembre, por la tarde, su intervención en la mesa redonda «Historia, paz e integración» fue brillante. Luego se desvaneció, causando conmoción en el auditorio. Al evocar su fallecimiento, don Jorge Freyre Gaffron señala con justicia: «no hay duda de que fue un mártir por la paz».

El día del sepelio su hija Cecilia llevó sus cenizas. Ese día desapareció para siempre su cuerpo, pero ese mismo día, o quizá antes, don Félix Denegri Luna se convirtió en un símbolo de generosa amistad.